



Hallazgos

ISSN: 1794-3841

revistahallazgos@usantotomas.edu.co

Universidad Santo Tomás

Colombia

Ceballos Hurtado, Gloria Inés

Sueños de letras adecuadas. Un ejercicio de recolección y memoria

Hallazgos, vol. 10, núm. 20, julio-diciembre, 2013, pp. 19-33

Universidad Santo Tomás

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=413835218001>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Sueños de letras adecuadas

Un ejercicio de recolección y memoria*

*Gloria Inés Ceballos Hurtado***

RESUMEN

Recibido: 3 de noviembre de 2012

Evaluado: 25 de noviembre de 2012

Aceptado: 7 de febrero de 2013

Este artículo contiene una reflexión que me he formulado como docente: la importancia de la escritura en el proceso de aprendizaje como herramienta socializadora, pero especialmente como instrumento de recuperación de la memoria histórica y de la mirada de los sujetos como individuos y parte de la colectividad. Decidí realizar el mismo ejercicio académico e investigativo que aplico en clase con los estudiantes y confrontar mi papel docente para, de este modo, hacer los correctivos que se requerieran en este proceso de aprendizaje mutuo.

En este caso, los objetos de estudio de investigación fueron los estudiantes. El objetivo era realizar relatos de vida con algunos de ellos, de tal forma que se pudiera recoger, a partir de entrevistas, diarios de campo, registros fotográficos y documentos personales, la información pertinente para escribir un texto que presentara la vida universitaria y personal de los sujetos en cuestión y, a partir de ello, estableciera un diálogo que trascendiera la historia individual.

Palabras clave: memoria, escritura, identidad, narrativa.

* Artículo reflexivo.

** Investigadora y docente de las universidades Santo Tomás, San Buenaventura y Escuela de Administración Pública. Comunicadora social. Doctora en Ciencias de la Información: Periodismo. Posdoctora en Narrativa y Ciencia. Correo electrónico: giceballos@hotmail.com

Dreams of appropriate letters

A recollection and memory exercise

ABSTRACT

This paper contains a reflection that arises from the teaching experience: the importance of writing in the learning process as a socializing tool, but especially as a tool for the recovery of historical memory and the eyes of the subjects as individuals and as part of the community. I decided to do the same academic and research exercises applied in the classroom and confront my teaching role, so that I can make the corrections that might be required in this process of mutual learning.

In this case, the objects of study for the research were students. The aim was to make life stories with some of them, so that they could collect, from interviews, field notes, photographic records and personal documents, relevant information to write a text to present their college and personal life and, on this basis, establish a dialogue that transcends individual history.

Keywords: memory, writing, narrative, identity.

Recibido: 3 de noviembre de 2012

Evaluado: 25 de noviembre de 2012

Aceptado: 7 de febrero de 2013

Sonhos letras apropriadas

Um exercício de recolha e memória

RESUMO

Recibido: 3 de noviembre de 2012

Evaluado: 25 de noviembre de 2012

Aceptado: 7 de febrero de 2013

Este artigo contém uma reflexão que eu fiz como professor: a importância da escrita no processo de aprendizagem como uma ferramenta de socialização, mas especialmente como um instrumento para a recuperação da memória histórica e do olhar dos sujeitos como indivíduos e parte da coletividade. Eu decidi fazer o mesmo exercício acadêmico e de pesquisa aplicado em sala de aula com os alunos e conferir o meu papel docente, para assim, deste jeito, fazer as correções que possam ser necessárias no processo de aprendizagem mútuo.

Neste caso, os objetos de estudo de investigação foram os estudantes. O objetivo era fazer com que as histórias de vida de alguns deles, para que se pudesse recolher, a partir de entrevistas, notas de campo, registros fotográficos e documentos pessoais, a informação relevante para escrever um texto para apresentar a vida universitária e pessoal dos sujeitos em questão e, com base nisso, para estabelecer um diálogo que transcendesse a história individual.

Palabra-chave: memoria, escrita, identidade, narrativa.

INTRODUCCIÓN

Presento a continuación una reflexión teórica sobre varios aspectos que se interrelacionan y que, además, he venido trabajando desde hace varios años. Para ello, abordo los temas de la memoria, la escritura, la narración y la identidad.

Es importante aclarar que la forma narrativa permite sacar a la luz experiencias y vivencias que los estudiantes tienen en su cotidianidad, a manera de memoria escrita de estas en el mundo académico. Los relatos permiten que la oralidad permee la vida de unos y otros y que, a su vez, estos puedan ser testigos de un momento, un espacio y un tiempo determinados.

Por otro lado, también puede decirse que es un viaje pedagógico. Aunque el proyecto no tiene como finalidad realizar un ejercicio de pedagogía narrativa, en el sentido estricto de que el docente lleve una bitácora que recoja los elementos de la vivencia académica, sí proporcionará elementos didácticos que serán llevados a la praxis y que se aplicarán al ejercicio de elaboración personal de los textos después de realizar el complejo ejercicio de investigación y escritura.

LOS TEMAS

A partir del ejercicio de escritura, se pretende recoger la memoria de varios estudiantes. Con ello se busca mostrar identidades y narrativas propias de esta generación de estudiantes universitarios, de sus dificultades, sueños, metas, de la vida misma. Así, pues, es importante adentrarse en la

reflexión sobre los términos que enmarcan esta investigación.

Memoria

En el *Diccionario de la Real Academia Española* (2012), el término *memoria* tiene varias acepciones, entre ellas: 1. Facultad psíquica por medio de la cual se retiene y recuerda el pasado; 2. En la filosofía escolástica, una de las potencias del alma; 3. Recuerdo que se hace o aviso que se da de algo pasado; 4. Exposición de hechos, datos o motivos referentes a determinado asunto; 5. Estudio, o disertación escrita, sobre alguna materia; 6. Relación de gastos hechos en una dependencia o negociado, o apuntamiento de otras cosas, como una especie de inventario sin formalidad.

La memoria es, pues, una posibilidad del ser humano para retener sus experiencias. Recordamos y olvidamos lo que nos sucede cada día, pero hacemos una selección de lo que se queda en la memoria. Con esos recuerdos, revivimos, adaptamos y cambiamos, en muchas ocasiones, el suceso, pues se transforma en lo que posteriormente saldrá como relato. En palabras de Sarlo (2005):

Proponerse no recordar es como no percibir un olor, porque el recuerdo, como el olor, asalta, incluso cuando no es convocado. Llegado de no se sabe dónde, el recuerdo no permite que se lo desplace; por el contrario, obliga a una persecución, ya que nunca está completo. El recuerdo insiste porque, en un punto, es soberano e incontrolable (en todos los sentidos de esa palabra). El pasado, para decirlo de algún

modo, *se hace presente*. Y el recuerdo necesita del presente, porque como lo señaló Deleuze a propósito de Bergson, el tiempo *propio* del recuerdo es el presente: es decir, el único tiempo *apropiado* para recordar, y también el tiempo del cual el recuerdo se apodera, haciéndolo *propio* (p. 11).

Pensar que la memoria permite asistir a la historia personal, regodearse con ella, sublimarla o, incluso, cercenarla es una de las posibilidades como seres humanos. La selección que de ella hacemos en determinados momentos es lo que nos personifica ante los demás, porque es a través de las palabras que sacamos de las imágenes como nos relacionamos con el mundo tangible. Evocamos el pasado, pero lo hacemos en el presente, con las imágenes que nuestra mente trae y que encuentra en las neuronas que forman las redes del cerebro:

Los historiadores navegan entre la ausencia absoluta de huellas y la seguridad de encontrar recuerdos en cada uno de nosotros y en los archivos. El discurso de la memoria y de la historia son hermanos, los dos son escrituras, inscripciones en el alma, espíritu o papel. Pero es en el alma donde el discurso auténtico se escribe y deja huella psíquica, a veces por el impacto de la inscripción primera o por el *phatos* o pasión posterior. Huellas que permiten el encuentro en nuestro interior de experiencias pasadas ahora rememoradas. Este lazo indisoluble entre memoria e historia permite afirmar que el discurso escrito es siempre imagen de lo que en la memoria está “vivo”,

“dotado de alma”, porque es “rico de sabia” (Vilanova, 2002, p. 21).

La historia, vista desde los historiadores, ha cambiado en la actualidad, para hacerse parte de los mensajes que circulan sobre todo en la academia, pero también en la literatura. Ahora, la cotidianidad es contada a partir de historias personales, relatos, historias de vida. Las revistas incluyen, en sus páginas, artículos que el público espera y que le permiten adentrarse en la vida de quien lo cuenta o de quien se habla. Los hechos acaecidos para alguien se convierten no solamente en los detalles de una vida, sino en la historia social contada a partir de las individualidades.

Sin embargo, como dice Vilanova (2002), “la memoria distanciada surge de la ruptura entre historia y memoria retomada bajo el signo de la discontinuidad entre un pasado donde antes afirmábamos los pies y el que vive ahora como fractura” (p. 23). Esto nos lleva a pensar en los cambios de los tiempos modernos, en que la individualidad es lo importante para poder sobrevivir en una sociedad; se diluyen los lazos que antes se mantenían apretados, como los de la familia, la religión, la escuela y el Estado, para que el pasado pierda importancia.

Pero el recuerdo de las “vistas del pasado” son construcciones que, como lo afirma Sarlo (2005), no se han perdido por completo y permiten que el hombre actual recupere de ese pasado histórico social, elementos que hagan posible mirar hacia el futuro, ese porvenir incierto que aún no se realiza, pero que no puede desligarse de la memoria histórica del sujeto:

Precisamente porque el tiempo del pasado es ineliminable, un perseguidor que esclaviza o libera, su irrupción en el presente es comprensible en la medida en que se lo organice mediante los procedimientos de la narración y, por ellos, de una ideología que ponga de manifiesto un *continuum* significativo e interpretable del tiempo. Del pasado se habla sin suspender el presente y, muchas veces, implicando también el futuro. Se recuerda, se narra o se remite al pasado a través de un tipo de relato, de personajes, de relación entre sus acciones voluntarias e involuntarias, abiertas y secretas, definidas por objetivos o inconscientes; los personajes articulan grupos que pueden presentarse como más o menos favorables a la independencia respecto a factores externos de dominio. Estas modalidades del discurso implican una concepción de lo social, y eventualmente también de la naturaleza. Introducen una tonalidad dominante en las “vistas del pasado” (Sarlo, 2005, p. 13).

Los relatos que tienen los jóvenes universitarios están mediados por su vida familiar, pero especialmente por su vida social. En la edad en que se encuentran, las dimensiones familiar y social forman parte preponderante para la convivencia y la adaptación a lo que les espera como adultos en una sociedad. Los dos ámbitos se tejen en redes complejas, y cuando la memoria escoge los acontecimientos y las palabras que traen al presente sus recuerdos, se manifiestan situaciones que pueden ser conscientes o, incluso, vedadas para ser referidas en contextos diferentes a los que se socializan con los pares. Por ello, los relatos cobran

importancia social, porque muestran eventos importantes que, de otra manera, podrían perderse, irse transformando en la memoria y diluirse.

La memoria nos lleva a relatar lo que en nuestros pensamientos ha tomado forma y poder, en el sentido en que hemos seleccionado algunos entre un sinfín de situaciones o hechos vividos que se pierden en el proceso de sinapsis, pero que delicada o sutilmente salen a flote. En el relato, lo importante no es solamente pasar a los textos esos recuerdos, sino poder avanzar en el proceso y entender lo que ellos significan para el individuo y para la sociedad. La memoria aparentemente no tiene compartimientos para ubicar los recuerdos con un orden; sin embargo, como lo enuncia Carruthers (citada en Vilanova, 2002), los recuerdos “no se almacenan al azar, se ‘ponen’ en lugares marcados con matices que son en parte personales, en parte emocionales, en parte racionales y mayoritariamente culturales” (p. 27). Esto significa que cada uno de nosotros tiene elementos que le permiten acceder a los recuerdos, dependiendo de la marca que han generado y a la cual accedemos nuevamente para traerla al presente y contarla. Los recuerdos se cargan de la emoción en la que la clasificamos y pueden volver a provocar esos mismos sentimientos, porque el tiempo allí es elástico o, podríamos decir, atemporal.

En nuevos descubrimientos, el doctor Llinás (2012) pudo comprobar que las palabras cambian el cerebro: “Si yo le digo a una persona que es ‘malnacida’, responde agresivamente. Entonces, las palabras son como piedras; pueden hacer bien o daño, porque cambian el estado funcional del cerebro”.

Por eso, se habla también del poder de las palabras. La memoria trae los recuerdos en forma de imágenes que se traducen en palabras y que son las que compartimos con quien nos escucha o lee. Allí lo individual se convierte en social y se amplía a otros, con otras percepciones y otros recuerdos que pueden llegar a ser parte de la memoria de los demás.

Un aspecto que reviste importancia tanto en la memoria como en el relato es el que se refiere al tiempo:

Para colocar un acontecimiento en el tiempo, hace falta que el “continuo” temporal se transforme en un “discreto” subdividido en unidades diferentes. El nivel más elemental es, evidentemente, el de la descomposición horizontal, es decir, la periodificación que consiste en individualizar bloques temporales homogéneos (casi siempre marcados por un acontecimiento clave) respecto a los cuales los acontecimientos se disponen en un antes y un después (Portelli, 1989, p. 25).

Un primer acercamiento de los relatos en los jóvenes se refiere, por supuesto, a los acontecimientos que han marcado o están determinando la vida de los sujetos en el ámbito universitario; situaciones familiares y académicas que los lleva a ubicar un lugar preponderante del recuerdo en su memoria, para ser contado, luego, en el relato:

También existe una fragmentación de tipo vertical que se relaciona más con la contemporaneidad que con la secuencia del tiempo y descompone la unidad de tiempo [...] Esta subdivisión se

organiza alrededor de tres modalidades de relación con los acontecimientos: a) la modalidad “ético-política” (las actividades de los grupos dirigentes y de las instituciones; acontecimientos que en su desarrollo trascienden el desarrollo de los acontecimientos de la comunidad); b) la modalidad “colectiva” (hechos naturales como catástrofes, o bien políticos como bombardeos o huelgas que relacionan al grupo y a su conjunto...); c) la modalidad “personal” (la esfera individual y familiar, como el trabajo, matrimonio, nacimientos, defunciones, servicio militar y la relación personal en los hechos que tienen relevancia “ético-política” o “colectiva”...) (Portelli, 1989, p. 25).

Estas modalidades permiten observar de qué manera los relatos se presentan y muestran acontecimientos que no necesariamente se cuentan en un orden cronológico, sino que son cambiados según el interés del narrador, según la importancia que ellos sostengan en la vivencia. Muchos, seguramente, se entrelazan con los acontecimientos sociales o forman parte de esa memoria colectiva. El tiempo se convierte en un aliado para ubicar los hechos que se quieren destacar en la historia, pero también en el recurso para ocultar los que se pretenden olvidar.

Cuando un relato toma forma en un medio escrito o visual, puede decirse que no muere, porque ya no se queda solamente en la memoria que, a través del paso del tiempo, se diluye o transfigura, sino que vence al tiempo y al olvido. Queda, en otras palabras, como un legado, como una historia que puede ser recordada.

Los propósitos de la memoria tienen relación con lo que Todorov (2008) plantea en *Los abusos de la memoria* (Reyes, 2010, p. 28): el recuerdo es la narración del hecho en sí y no va más allá del relato del mismo acontecimiento, lo que lleva a una lectura del acontecimiento sin más trascendencia. Un segundo propósito tiene que ver con la búsqueda de nuevas relaciones, la trascendencia del hecho, el qué, cómo ocurrió, a quiénes se involucró y la mirada de nuevas perspectivas:

La operación es doble: por una parte, como un trabajo de psicoanálisis o un duelo, neutralizo el dolor causado por el recuerdo, controlándolo y marginándolo; pero, por otra parte —y es entonces cuando nuestra conducta deja de ser privada y entra en la esfera pública—, abro ese recuerdo a la analogía y a la generalización, construyo un *exemplum* y extraigo una lección. El pasado se convierte, por tanto, en principio de acción del presente. En este caso, las asociaciones que acuden a mi mente dependen de la semejanza y no de la contigüidad, y más que asegurar mi propia identidad, intento buscar explicaciones a mis analogías (Todorov, 2008, p. 51).

La memoria hace acopio de las imágenes, las trae de nuevo al presente, las prepara en palabras que son contadas para que el interlocutor las reciba y las conozca. Ellas salen de su privacidad y se convierten en públicas, dándoles otro sentido. En ese momento, el hecho narrado adquiere otra dimensión. Se comparte y aligera la carga del dueño del relato y puede suceder lo que plantea Todorov (2005): convertirse en la búsqueda

de explicaciones a partir del diálogo con mi interlocutor, o simplemente como alivio, “catarsis” de los recuerdos.

Escritura

En relación con otro término: *escritura*, cabe anotar que aunque desde pequeños aprendemos a leer y escribir y la primera competencia básica es conocer las combinaciones de las letras para formar palabras, frases y párrafos que enuncien cabalmente las ideas, no es tan cierto que todos tengamos la habilidad para expresar correctamente lo que pensamos a través de un texto escrito.

La complejidad de la escritura se refiere a cómo presentar exactamente todas las ideas que se agolpan en la mente, para que puedan ser comprendidas por el lector del texto. No es fácil poner en un papel las ideas sobre un tema específico y que este cumpla con las normas de escritura clara, coherente, pertinente, gramatical y ortográficamente correcta, que además de decir algo interesante, atrape al lector. Al respecto, Sánchez (2007) plantea:

El texto escrito suele estar unido a una perfección normativa, puesto que es producto de un proceso de elaboración. No todos los hablantes de una lengua utilizan la escritura con normatividad, puesto que exige un cierto grado de cultura y un ejercicio activo y constante. El dominio de la modalidad escrita de la lengua pasa necesariamente por un aprendizaje, siempre reflexivo (p. 68).

Por eso, la introducción a la escritura comprende aspectos teóricos y prácticos que se

deben desarrollar como inicio del ejercicio pedagógico. De ahí la importancia de la reflexión sobre la diferencia del manejo del lenguaje oral y el escrito.

La escritura como herramienta de comunicación es el complemento para otra función trascendental: la del pensamiento. A través de la escritura podemos construir significados, tomar conciencia de los procesos que realizamos, crear y proponer nuevas ideas, hacer conexiones con lo que sabíamos antes de iniciar un escrito y, a partir de allí, crear otros textos. Con el escrito se puede revisar, cambiar, rediseñar lo dicho, mejorar, proponer; en fin, un sinnúmero de actividades que se dan a partir de la creación del sujeto sobre el texto. Para ello, el conocimiento del lenguaje y sus reglas son la posibilidad para escribir de una manera más rigurosa, de acuerdo con el tipo de género que se busque proponer o aprender.

La lectura y la escritura son importantes en la medida en que cada persona se apropiá de ellas. Los textos sirven para pensar, aprender, enriquecer el conocimiento. La función comunicativa se relaciona con la función social que tiene el lenguaje. Es importante resaltar lo que significa *escritura*. Flórez y Cuervo (2005), en su libro *El regalo de la escritura*, afirman:

Escribir es un acto complejo porque impone demandas simultáneas al escritor. Cuando una persona escribe, tiene que ocuparse de buscar contenidos y generar ideas nuevas, decidir cómo organizar el texto, pensar a qué audiencia va dirigido, tener muy claro qué efecto quiere lograr, manejar el lenguaje para conseguir ese efecto, utilizar la sintaxis

correctamente, seleccionar vocabulario, tomar decisiones sobre mecanismos de estilo, asegurar la coherencia y la lógica del texto, no cometer errores de ortografía, producir un texto claro y transparente, lograr un texto que tenga energía, utilizar adecuadamente la puntuación para comunicar los significados deseados y controlar la longitud del texto (p. 44).

La escritura es un acto individual en el que se refleja el escritor. Por medio de ella se puede expresar desde lo más íntimo del ser, hasta los conocimientos que se quieren divulgar. Pero como lo expresan las autoras, no es sencillo presentar adecuadamente todos los elementos que involucra.

Por otra parte, el ejercicio de establecer relaciones entre el estilo de la narrativa oral y la narrativa escrita admite la posibilidad de realizar miradas sobre el comportamiento de los actuales jóvenes universitarios, sus dificultades, posibilidades, gustos, inquietudes, vocabulario; en fin, su propia historia.

Identidad

La identidad puede ser definida desde la configuración que el sujeto construye de sí mismo y que lo hace único e irrepetible, a pesar de que muchos de los elementos identitarios individuales se comparten con otros sujetos sociales. Cada ser humano elabora una configuración de su yo, da sentido a su existencia y carga su ser de representaciones; esto es, la identidad tiene dos

características fundamentales: la mutabilidad y la diversidad¹.

La mutabilidad se refleja en los procesos que permiten comprender cómo las identidades se construyen y reconstruyen en la mediación de flujos comunicativos que van desde la interacción cara a cara con otros sujetos, hasta los procesos tecnológicamente mediados que hoy tienen una incidencia importante en la configuración del yo. En esta medida, cobra vigencia la idea de la identidad relativa, por encima de la lógica de pensar la identidad como un absoluto:

La etapa actual de la modernidad, llámesele fase líquida (Bauman), segunda modernidad (Beck) o bien cualquiera de los otros nombres con los que se intenta caracterizarla, le corresponde una identidad muy individuada, abierta, reflexiva, diferenciada y, en contraste con la de la anterior fase, cada vez más fragmentaria, móvil, discontinua o precaria (Martínez, 2006, p. 822).

La identidad también se construye y reconstruye (esto implica que puede cambiar) a partir de las situaciones contextuales históricas que en el ámbito contemporáneo son transitorias y están cargadas de incertidumbre, dadas las constantes transformaciones sociales, políticas y económicas que llevan transformaciones culturales. Ante este panorama, cada vez son más visibles

identidades transitorias, mutantes, mezcladas, que pueden albergar la contradicción y que se adaptan a diversos contextos sociales, como lo señala Martínez (2006):

La movilidad consustancial que caracteriza al mundo moderno, la cual propicia la extensión de una discontinuidad cada vez mayor entre distintas etapas de la vida individual, lo que obliga al sujeto a tener que transformar su definición de sí mismo, así como a reinterpretar constantemente su pasado, en función de los cambios de rol, estatus, espaciales, familiares, etc., con la consecuencia de que este, explican Berger y Kellner, tiende a percibir su biografía como una “migración entre diferentes mundos sociales” y, a la vez, como la “realización sucesiva de una serie de posibles identidades” (p. 813).

Se trata de identidades transitorias que se constituyen a través de la diferencia, la cual, en la actualidad, se centra en los actos sociales del consumo. Y como transitorias, la formulación de una identidad tras otra es una labor de ejecución infinita y constante. Son identidades amnésicas, en las que cada tarea de autoidentificación del individuo “no es ni debe ser un proceso acumulativo: más bien parece una cadena de nuevos comienzos, posibilitado por la capacidad de olvidado más que por la capacidad de aprender y memorizar” (Bauman, 1999, p. 29). Son identidades mutantes que se corresponden con unas relaciones contemporáneas caracterizadas por el permanente cambio.

1 Este tema ha sido trabajado en conjunto con la profesora Eliana Herrera Huérano, para alimentar el documento modular que apoya el desarrollo académico de los estudiantes de la Facultad de Comunicación Social para la Paz de la Universidad Santo Tomás y en un artículo para la revista electrónica del Fisec, como reflexión de la dirección del trabajo de grado: “Afbook, la herramienta de trabajo amigable”.

Es importante tener en cuenta, desde el concepto de identidad, las variables de identidad personal y colectiva:

La elección del concepto de identidad personal frente a otros se sustenta en la posibilidad de incluir en él tanto elementos individuales como sociales. Personal porque atañe al individuo y no a grupos o colectividades. Pero no individual en sentido estricto, en tanto que la persona es el sujeto socialmente constituido y, por tanto, la identidad personal no puede ser otra cosa que una construcción social creada y mantenida en la interacción. Dicho de otro modo, toda identidad personal es identidad social (Revilla, 2003, p. 57).

Si bien la identidad personal se ha puesto en cuestionamiento en la etapa de la posmodernidad, de tal manera que hay autores como Bauman que hablan de una disolución de la identidad personal, es importante resaltar que aún se conservan componentes que permiten, como señala Revilla (2003), anclar el sentido de una identidad personal: “Son elementos que sujetan a los individuos inevitablemente a su identidad y a sus auto-relatos [...] no de esa forma esencialista y totalizadora que se ha pensado desde otro tipo de planteamientos” (p. 59).

El primer anclaje es el cuerpo que “expresa esa paradoja de que somos siempre los mismos y, a la vez, algo diferentes, como apreciamos al ver las fotografías de años anteriores” (Revilla, 2003, p. 59). Este aspecto permite construir representaciones de sí mismos mediadas por la apariencia física, la ubicación espacio-temporal, las capacidades, la autonomía y las condiciones

de vitalidad corporal, según la evolución y crecimiento. Hoy más que nunca, varios de los aspectos identitarios están relacionados con el autocuidado del cuerpo, la intervención de los cuerpos, como el caso del uso de *piercings* y tatuajes en las tribus urbanas y las modificaciones corporales en las identidades de género.

Asociado a la corporeidad está el nombre propio como segundo anclaje, con el cual nos reconocemos, nos reconocen y nos identifican. El nombre es una marca difícilmente irrenunciable, homologable en el contexto social a la huella dactilar.

Un tercer anclaje se refiere a la autoconciencia y a la memoria. El sujeto individual tiene una forma de verse y pensarse y construye las narraciones de sí mismo a partir de un recuerdo selectivo. Dicha forma de verse y pensarse se proyecta hacia los demás, y es allí donde, para Revilla (2003), aparece un cuarto anclaje.

La interacción social exige la confianza de unos en otros, para saber a qué atenernos en los contactos sociales. Esto implica una exigencia de estabilidad y coherencia personales en la identidad como medio para habitualizar esa interacción y permitir que esta se desarrolle con facilidad y con el mínimo de fricciones y negociaciones continuas (Revilla, 2003, p. 62).

La identidad colectiva se configura desde un sentimiento o sentido compartido por un grupo de sujetos, es decir, a partir de un elemento central común en un grupo determinado, con el cual los miembros del grupo se sienten definidos o representados. La identidad colectiva corresponde a una

construcción simbólica capaz de establecer condiciones comunes, desde las cuales los miembros de un grupo se autoidentifican y son identificados por otros:

[Por] “identidad colectiva” me refiero a un sentimiento de pertenencia compartido por los miembros de un grupo o por varios grupos, mediante el que es interpretada y definida la realidad, orientando las acciones de los que participan de dicho sentimiento. La identidad colectiva puede cristalizar y objetivarse, pero está sometida en todo momento a la posibilidad de cambio y reelaboración. La identidad colectiva no es algo puramente simbólico —que pertenece al mundo de los símbolos y de las interpretaciones—, también pertenece al mundo de las prácticas sociales (Tejerina, 1999, p. 99).

Es importante tener clara la relación entre la identidad personal y colectiva, según lo señala Revilla (2003):

[Se parte de] una concepción de la identidad personal no esencialista, sino más bien como construcciones discursivas autorreferidas y situadas en un contexto de interacción social, pues la identidad se construye necesariamente desde los otros, en y para las demandas que presentan las diferentes interacciones en las que estamos inmersos. Por eso, la identidad personal está sujeta a transformaciones, matizaciones de experiencias colectivas (p. 63).

Narrativas

Las narrativas son formas de contar las realidades que utilizan los sujetos para construir sentidos sobre sí mismos, sobre los demás y sobre su entorno. Estas se manifiestan mediante expresiones discursivas sonoras, escritas, gestuales, proxémicas y multimediales. Wiesner (2004) las concibe así:

Las narrativas son lugares de construcción y expresión de procesos de reconocimiento y desconocimiento constante que hacen visible la formulación, revisión o cambio de esquemas de representación de la realidad y de los individuos o grupos dentro de ellos (p. 54).

Las narrativas sirven como marco de interpretación del entorno a partir de la experiencia de vida individual, pero también sirven como formas expresivas de aprehender el mundo y su realidad. De esta manera, las narrativas configuran el espacio propicio para entender los significados que un individuo atribuye a sus experiencias y su contexto:

Las narrativas son un recurso mediante el cual el ser, en el mundo, puede desentrañar el sentido de las formas simbólicas y mostrar cómo este se pone en juego, dando cuenta de sí mismo y de los colectivos a los que pertenece (Cuervo, 2005, p. 36).

Mediante las narrativas, los sujetos se ponen en escena con sus relatos; por esta razón, las narrativas están relacionadas con las maneras de relatarse, ser relatado, relatar a otros y relatar el mundo. Cada uno de nosotros es una narración singular:

[Narración] que se construye, continua, inconscientemente, por, a través de y en nosotros [...], a través de nuestras percepciones, nuestros sentimientos, nuestros pensamientos, nuestras acciones; y, en el mismo grado, nuestro discurso, nuestras narraciones habladas. El individuo necesita esa narración, una narración interior continua, para mantener su identidad, su yo (Sack, citado en Revilla, 2003, p. 61).

La narración permite mostrar un sujeto, en un espacio y tiempo específico para que el lector o interlocutor conozca su realidad y la pueda confrontar, dando significado a la experiencia, porque ella está inmersa en sistemas culturales que involucran creencias, valores, ideologías, modos de acción o emociones. Pero también presenta el modo en que se cuenta “algo” para que “el otro” lo pueda conocer. Ambos están mediados y se ven afectados por el discurso.

Las narrativas están asociadas con los relatos de identidad y el sentido de la identidad. Los relatos de identidad corresponden a las formas como cada uno se cuenta de manera específica, a pesar de las diferentes situaciones sociales en las que se está inmerso. En esta medida, se construyen significados de la identidad mediante nominaciones, es decir, formas de nombrarse, de autorreferirse, dependiendo de sus roles (madre, padre, hijo, estudiante, docente), estatus, edad, género, definición política, religiosa, nacional, regional, etc.; pero también dependiendo del reconocimiento de formas de ser referido, que dan sentido a la existencia del sujeto.

En la configuración de las identidades y las narrativas —que inciden en ellas o que se hacen de ellas— entran en juego los ámbitos de la identidad, que corresponden a aquellos espacios en los que los sujetos interactúan con otros, donde se ponen de manifiesto las diferentes posibilidades de construir y reconstruir los elementos identitarios. Por ejemplo, desde la perspectiva del rol de estudiante, cada universidad constituye un ámbito o marco social diferente frente al cual un sujeto tendrá unas condiciones específicas de construir o reconstruir sus elementos de identidad y sus formas narrativas. Esto hace que no sean iguales los estudiantes de diferentes universidades y ni siquiera los de una misma universidad, pues además de compartir ese ámbito universitario, cada estudiante construye y reconstruye su identidad en las interacciones que tiene en otros escenarios: familia, amigos, iglesia, grupos deportivos, musicales, culturales, etc.

La comprensión de la narración es fundamental para la formulación de estas dinámicas, pues no se trata solo del ejercicio de narrar para atraer la mirada del otro, sino de empezar a ser alguien para otro a través de las palabras, las imágenes, las sensaciones. En cierto sentido, el hombre es en la medida en que cuenta. En la dinámica social del contar o del escribir, del pintar o del componer, un creador está en épocas y lugares remotos y diversos. Muchas obras humanas llegan a las audiencias sin ningún tipo de interpretación previa, de tal manera que impactan, modifican maneras de ver el mundo y crean nuevos sentidos necesarios para la renovación de la cultura.

Nuestra mente está pensando siempre en forma narrativa. Cuando hacemos el ejercicio de observar lo que pensamos, podemos identificar que dependiendo del momento, soñamos, recordamos, creemos, dudamos, criticamos, revisamos, planificamos, amamos, odiamos y, en fin, vivimos: “la palabra se vuelve acción”. Por eso, la narración no es solamente la descripción de un hecho, sino el recuerdo de la vivencia, lo que ese ser siente o ha sentido y se reviste de importancia para contarla.

ALGUNAS REFLEXIONES FINALES

Con este trabajo proyecto comprender a los estudiantes desde una perspectiva dialógica de la palabra. Espero que la realización de las entrevistas y la escritura de los relatos den como resultado un acercamiento no solo antropológico o sociológico, sino de conocimiento de las realidades de los jóvenes, de sus inquietudes, sueños, dificultades, amores y desamores en esta sociedad.

Pretendo, además, buscar la trascendencia de los hechos, para hacer una lectura de la vida en sí misma y de la profundidad del alma, de las relaciones confusas y diversas, pero también de las sencillas y cotidianas, de las inquietudes y esperanzas, de los propósitos para realizar y los que se perdieron en el camino hacia el futuro.

Espero poder mostrar una generación de seres vivos, cambiantes, inmersos en una sociedad hostil, en guerra, violenta, pero donde se pueden dar brotes cercanos de calidez, amor, ternura y seguridad.

Quiero mostrar que el trabajo como docente no se circumscribe al conocimiento teórico y a la praxis en el salón de clase con un público cautivo y pasivo, porque no son, como nos hace creer el consumismo, clientes que pagan por nuestro salario, sino personas en formación que dependen, en muchas ocasiones, de las palabras que pronunciamos, del ejemplo que les damos, de las orientaciones sobre autores o fuentes que pueden enriquecer sus miradas de mundo. Los estudiantes son, sobre todo, personas inteligentes, ávidas de conocer el mundo en toda su extensión.

Intento aprovechar los conocimientos sobre el manejo del lenguaje, la experiencia aprendida sobre la identidad de los jóvenes universitarios y presentar un trabajo que muestre, a través de la narrativa, un grupo de estudiantes universitarios, de muchachos y chicas de esta generación, seres humanos sencillos y complejos a la vez.

Aspiro realizar el mismo trabajo que asigno en clase, para aprender haciendo, revisar y confrontarme frente al ejercicio de escritura e investigación. Frente a ello, hacer la reflexión pertinente para ajustar, revisar, cambiar lo que se requiera en el trabajo como docente, porque es una oportunidad para hacer autoevaluación de mi trabajo en el aula, de mi práctica docente; propiciar el ejercicio autorreflexivo y autocorrectivo.

Somos lo que decimos y lo que callamos. Las palabras pueden develar la oscuridad o la luz que se instala en el cerebro. Las incertidumbres que salen de su escondite nos permiten reinventar el camino para continuar. Se reinventa la memoria con nuevas sensaciones a la luz de la “otra experiencia”

que se provoca al narrarla. La vida no es la misma. El recuerdo se transforma y puede permitirnos revivir, salir de la oscuridad para retomar una nueva perspectiva. En este caso, el relato no solamente ha servido para repetir, sino para transformar, para ir más allá en la búsqueda de una vida que se “aprehende” y no solo que se “transita”.

El poder inmenso que tiene la palabra me cuestiona. Trabajo en un área en la que la palabra es la herramienta más cercana. ¿De qué manera estoy utilizando ese maravilloso elemento? ¿De qué forma lo dinamizo en el trato con mis estudiantes? ¿Puedo aprovechar el lenguaje para realizar amorosa y cuidadosamente mi labor docente? ¿Hasta dónde influyen mis palabras en el aula y fuera de ella para construir y no para destruir? ¿Qué incidencia tengo en la construcción de una sociedad con miras a la paz? ¿Puedo ayudar a mis estudiantes a encontrarse, a cuestionarse, a crecer, a través del lenguaje?

REFERENCIAS

- Bauman, Z. (1999). *En busca de la política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Cuervo, M. (2005). El llamado del mito en la relación “narrativas e identidades”. *Miradas*, 1(1), 35-40.
- Flórez, R. y Cuervo, C. (2005). *El regalo de la escritura*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Llinás, R. (2012, 5 de julio). ¿Descubrió la cura contra el Alzheimer? Recuperado de <http://www.revistacredencial.com/credencial/content/rodolfo-llin-s-descubri-la-cura-contral-el-alzheimer>
- Martínez, I. (2006). La identidad como problema social y sociológico. *Arbor*, 722(182), 721-824. Doi: 10.3989/arbor.2006.i722.69.
- Portelli, A. (1989). Historia y memoria: la muerte de Luigui Trastulli. *Historia y Fuente Oral*, 1, 5-32.
- Real Academia Española (2012). *Diccionario RAE*. Recuperado de <http://lema.rae.es/drae/?val=memoria>
- Revilla, J. C. (2003). *Los anclajes de la identidad personal*. Recuperado de <http://antalya.uab.es/athenea/num4/revilla.pdf>
- Reyes, F. L. (2010). *El olvido que seremos y Mi confesión: testimonio, memoria e historia*. *Oráculo*, 4, 24-30.
- Sánchez, J. (2007). *Saber escribir*. Colombia: Aguilar.
- Sarbo, B. (2005). *Tiempo pasado: cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. México: Siglo XXI.
- Tejerina, B. (1999). El poder de los símbolos. Identidad colectiva y movimiento etnolinguístico en el País Vasco. *Reis*, 88, 75-105.
- Todorov, T. (2008). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- Vilanova, M. (2002). Rememoración y fuentes orales. Memoria y escritura. *Actas del IV Simposio de Historia Actual* (pp. 19-40). Logroño: Instituto de Estudios Riojanos.
- Wiesner, S. (2004). Internet, guerra y paz en Colombia. Conflicto, narrativas e identidades. *Hallazgos*, 1, 50-57.